

## IV

—Dicen que nos tenemos que separar — manifestó la princesa á su novio.

—¿Y eso, por qué? — exclamó Redwood con asombro. — ¿Qué nueva locura se les ha metido en la cabeza á esas gentes?

—Dicen que no está bien... ¿No sabe usted que el quererme es un delito de alta traición? Así me lo ha dicho hoy un especialista en *Tacto social*.

—Pero amada mía — exclamó el joven,—¿qué importa eso? ¿tienen acaso derecho?... Y, además, ese sería un derecho irrazonable. ¿Qué nos importa á nosotros?

—Se lo explicaré á usted — dijo la joven; y refirió todo lo que le habían dicho por la mañana. —El que me lo dijo es un hombrecillo muy raro con la voz melosa y llena de inflexiones dulces; un caballerito que andaba por la habitación con suavidad tal, que apenas se le oía el ruido de los pasos: parecía un gato, y al decir algo importante levantaba la manecita: es calvo y tiene la naricita sonrosada y la barba recortada y atusada de

tal modo que es una monería. Trató de conmovérsele é hizo que le brillaban los ojos varias veces. Es muy amigo de esta familia real y empezó por llamarme *su joven y querida señora*. Desde que empezó á hablar, trató de demostrarme gran simpatía. Me dijo: «Mi querida señora: no debe usted de hacer eso»: me lo repitió varias veces, y añadió: «Es un deber en usted.»

¿De dónde habrá salido esa gentecilla? Pero no veo...

—Luego me dijo cosas serias con mucha suavidad y con modales muy finos.

—¿Y cree usted que en cuanto le hayan dicho haya algo de verdad?

—Sí, hay algo, no cabe duda — replicó la princesa.

—Entonces, quiere usted decir que...

—Quiero decir que, inconscientemente hemos hollado las ideas más sagradas de esas gentecillas. Nosotros, los que tenemos sangre real, somos distintos á los demás; somos unos prisioneros revencidos, una especie de juguetes procesionales que pagamos con nuestra libertad el culto que nos rinden. Yo, que debía casarme con el príncipe... ¿Pero no sabe usted nada de esto? Se trata de un príncipe pigmeo, el cual nada nos importa; mas, por lo que se deduce, nuestro matrimonio debía de estrechar los lazos que unen á mi país con el suyo, y aprovecharle á él también. ¡Figúrese usted, estrechar los lazos!

—¿Y ahora

—Insisten en que se realice, como si nada ocurriera entre nosotros dos.

—¡Nada! — murmuró el joven.

—Justo; pero no es eso todo: el hombrecillo dijo además...

—¿El especialista en *Tacto*?

—El mismo: dijo que sería mejor para usted y para todos los demás gigantes, que dejáramos de vernos: ese fué el resúmen de su discurso.

—¿Qué harán si no les obedecemos?

—Añadió que se le podría dar á usted libertad...

—¿A mí?...

—A usted, y lo dijo recalcando las palabras: «Mi querida señora: sería mejor y mucho más digno que ustedes se separasen *voluntariamente*», y esto de voluntariamente lo dijo de un modo muy especial.

—¿Pero que les importará á esos entes miserables que nosotros nos queramos? ¿Qué tienen ellos, ni todo su mundo, que ver con nosotros?

—Pues no lo creen así.

—Supongo que usted no tomará en consideración nada de eso...

—Me parece altamente ridículo...

—¡Eso de que hayan de encadenarnos con sus antiguas leyes á nosotros, que somos hijos de las nuevas!... ¡Que nosotros en la primavera de la

vida, hayamos de sujetarnos á sus compromisos y á sus ciegas instituciones, que no tienen objeto alguno!... ¡No, no debemos hacerles caso!

La princesa se acercó más á Redwood y le dijo:

—Yo soy tuya... en cuanto á eso...

—¿En cuanto á eso?... ¿No lo eres en todo?

—¡Pero si ellos quieren separarnos!...

—¿Qué podrán hacer?

—No lo sé, y eso es lo que yo pregunto. ¿Qué podrán hacer?

—Nada nos importa. Yo soy tuyo y tú eres mía. ¿Qué cosa hay más importante que esta? ¡Yo soy tuyo y tú eres mía para siempre!... ¿Crees que me harán retroceder sus mezquinas leyes y sus pequeñas prohibiciones, y que sus tablones rojos me separarán de ti? ¡de ti, que eres para mí más preciosa, millares de veces más preciosa que la vida misma!

—Sí... Pero, ¿qué haremos?

—Seguir adelante.

—¿Y si buscan los medios de impedirlo?...

El joven cerró los puños y miró á su alrededor como si la gente pequeña llegara ya á oponérseles; luego, clavando los ojos en el horizonte, dijo:

—Tienes razón. Tu pregunta es muy justa. ¿Que podrán hacernos si tratan de impedirlo?...

—¡En este país tan pequeño!... — le interrumpió la joven.

Redwood parecía escudriñar todo con la vista.

—Esa gente está en todas partes — dijo. — Pero podríamos...

—¿Qué?

—Marcharnos, atravesar juntos los mares á nado... Luego, más allá...

—Yo nunca he estado más allá del mar...

—Allí hay grandes é inmensas montañas entre las que nosotros mismos pareceríamos gente pequeña; hay valles lejanos y desiertos; hay lagos escondidos y alturas coronadas de nieve que aún no ha sido hollada por el pie del hombre; hay...

—Mas para llegar á ellas tenemos que abrirnos camino luchando día tras día con millones y más millones de seres humanos.

—¡Esa será nuestra única esperanza, amor mío! Porque en esta tierra tan poblada no hay fijeza ni refugio para nosotros. ¿Qué lugar nos queda entre esta muchedumbre? ¡No hay sitio en que podamos comer, ni albergue donde dormir!

—Pero si huyéramos, nos perseguirían.

—Hay un sitio en esa isla — dijo el joven.

—¿En dónde?

—El sitio que se han hecho nuestros hermanos... Han rodeado su casa de grandes trincheras, al Norte, al Sur, al Este y al Oeste; han construído profundos hoyos y escondites, y hace poco vino uno de nuestros compañeros á hablarme. Entonces no presté atención á lo que me dijo; pero creo que me habló de armas... Acaso pudiéramos encontrar allí refugio.

Redwood calló un momento y luego añadió.

—Hace muchos días que no he visto á nuestros hermanos. ¡Amada mía, he estado soñando y me he olvidado de ellos! Han pasado los días y no he hecho nada, ¡nada!... Sólo he pensado en verte. Ahora tengo que ir á visitarles y hablarles de ti y de todo lo que nos amenaza. Si quieren ayudarnos, pueden hacerlo. Y si lo hacen, podremos tener esperanzas. Yo no sé las condiciones de resistencia que ofrece su casa; pero es seguro que Cossar la habrá fortificado bien. Antes de esto, antes de que nos conociéramos, recuerdo que la gente pequeña proyectaba hacernos daño; pero hubo elecciones, y aquello fué una maniobra política para ganar votos: aquello nos salvó de sus ataques: se oyeron entonces amenazas contra toda nuestra raza, es decir, contra todos nosotros, menos contra ti... Sí, iré á ver á nuestros hermanos. ¡Ya es tiempo de que les hable y les diga lo que nos pasa!

## V

Cuando el joven acudió á la siguiente entrevista, hacía ya rato que ella le esperaba. Habían convenido en verse al mediodía en un extremo del parque en que el río formaba una curva; y mientras la princesa le esperaba mirando al Sur y resguardando del sol los ojos con la mano, su ansiedad acrecía, y le pareció que el mundo se hallaba en el mayor silencio y que este silencio maduraba algo. Entonces se dió cuenta de que, á pesar de lo avanzado de la hora, no había parecido su acostumbrado séquito de espías voluntarios: ni á derecha ni á izquierda no pudo descubrir á nadie por más que observó; y observó también la falta de botes en el Támesis, y trató de investigar la causa de tan extraña quietud.

Cuando Redwood apareció á lo lejos, la joven descubrió tan grata visión por un claro que había en la masa de la arboleda que limitaba su horizonte: los árboles lo volvieron á ocultar, y luego le vió atravesar el bosque y aproximarse. Notó algo extraño en él y le pareció observar que venía ex-

traordinariamente agitado y que cojeaba. El la hizo señas, y ella salió á su encuentro. Entonces pudo distinguir claramente sus facciones y conoció que cada paso que daba le producía un dolor que parecía faltarle el aliento. Corrió hacia él con los brazos extendidos y bulléndole en el espíritu cien preguntas y otros tantos temores. Por fin, se vieron juntos, y él le preguntó con angustiosa ansiedad:

—¿Debemos separarnos?

—No: ¿por qué?

—Porque si no nos separamos, llegó el momento.

—¿Qué pasa?

—Yo no quiero que nos separemos; sólo que... di: ¿no me abandonarás?

Ante lo brusco de aquella pregunta, la joven lo miró con fijeza y contestó angustiada:

—No te abandonaré: no me separaré de ti.

—¿Lo has pensado bien?

—No te abandonaré — repitió ella asiéndole de una mano, — y aunque el seguirte significara la muerte, no te dajaría.

—¡Si significara la muerte! — murmuró él, y ella sintió que los dedos del joven le sujetaban la mano.

El dirigió una mirada en todas direcciones como si temiese que los sorprendiera la gente pequeña, y añadió:

—Acaso sea la muerte.

—Cuéntame lo que ocurre — dijo la princesa

—Han tratado de impedir mi venida.

—¿Cómo?

—Al salir de mi taller donde fabrico alimento de los dioses para que los Cossar lo almacenen en su campamento, tropecé con un pequeño oficial de policía, con un hombrecillo de traje azul y guantes blancos que me prohibió que diera un paso más. — «Este camino está vedado» — me dijo. — Yo no le hice caso: di vuelta hasta el taller y tomé otro camino en dirección á Poniente, pero me encontré con otro policía que me dijo de igual modo: — «Este camino está cerrado» — y añadió: — «Todos lo están.»

—¿Y qué hiciste?

—Empecé á discutir con él, diciéndole: — «Estos caminos son públicos.» — «Pues precisamente porque son públicos queremos evitar que usted los estropee,» — me replicó. — «Está bien; iré por el campo.» — Y entonces salieron por detrás de un cercado nuevos policías, que me dijeron: — «Estos campos son propiedad particular.» — «Vayan al demonio vuestro público y sus propiedades; yo voy á ver á mi princesa.» — Y me incliné y con cuidado lo levanté del suelo, mientras él chillaba y pataleaba, y le quité de en medio del camino. Al momento, vi llenarse todos los campos de hombres que corrían. Uno, á caballo, galopaba junto á mí

y me leyó no sé qué, á gritos. Acabó su lectura y dió vuelta al caballo galopando. No entendí ni una palabra. Entonces oí el estruendo de las escopetas.

—¡Escopetas!

—Sí, las mismas con que mataban las ratas. Las balas silbaron y una me dió en la pierna.

—¿Y tú?

—Yo seguía corriendo y les dejé que gritaran y que tirasen á su gusto... Y ahora...

—¿Qué harán?

—Lo que te he contado al principio: quieren separarnos y me persiguen.

—¡Pues no nos separaremos!

—¡No! pero si no me abandonas, tienes que seguirme para ir á reunirnos con los hermanos.

—¿Por qué camino iremos?

—Por el del Oeste... Por el otro vendrán mis perseguidores... ¡En marcha, pues, por esta alameda! pero déjame ir delante por si nos acechan aquí también.

Redwood se adelantó; pero ella le cogió por el brazo.

—No — exclamó. — Yo á tu lado, sosteniéndote. Tal vez mi persona real les sea sagrada... ¡Ojalá pudiéramos huir rodeándote yo con mis brazos! quizá entonces no se atreviesen á disparar contra ti.

Ella le echó un brazo por el hombro y le cogió suavemente la mano, mientras le hablaba atrayéndole hacia sí.

—Así no se atreverán á disparar — repetía ella.  
Y él, con repentina y apasionada ternura, la tomó en sus brazos y murmuró:

—Aunque nos maten, ¿qué importa?

Redwood siguió estrechándola fuertemente, y durante un momento permanecieron como embelesados.

Luego, asidos de la mano, y ella esforzándose en cubrir con su cuerpo el de su novio, siguieron andando apresuradamente en dirección al campamento, refugio que habían construído los hijos de Cossar para el caso de que arreciase la persecución de la gente menuda.

Al atravesar los grandes terrenos del parque que estaba detrás del castillo, vieron salir muchos ginetes de entre los árboles, los cuales, poniendo sus caballos al galope, trataban, en vano, de igualar su paso con el de los gigantes. Y luego se encontraron con muchos hombres con fusiles que salían corriendo de sus viviendas.

Al ver esto, Redwood trató de seguir adelante, de luchar y vencer los obstáculos, pero ella le hizo volver hacia el Sur. Mientras huían, silbó una bala por encima de sus cabezas.



Caddles en Londres.